

MINGLANILLA, PUEBLO INOLVIDABLE

*“Una anciana, arrugada en grado increíble, con un pañuelo oscuro plegado sobre canas bien peinadas, se me acercó, y me dijo estas palabras que no olvidaré jamás:
¡Defiéndannos, ustedes que saben escribir!...”*

ALEJO CARPENTIER



5 de Julio de 1937. Los participantes en el II Congreso Internacional de Escritores e Intelectuales para la Defensa de la Cultura se desplazan desde la sede inaugural de Valencia –capital en ese momento de una España rota y sufriente - a la del Madrid sitiado.

En el camino, en un día soleado y tórrido, se detienen para almorzar y descansar en la encalada plaza del Salero, de un pueblo tan pobre como apacible. Un pueblo que creció al olor de la salmuera de sus minas de sal y que adoptó el nombre de un pequeño mingrano o granado –que entonces igual que ahora, no tiene representación alguna en sus plazas o fuentes-: la Minglanilla.

Aquí, huyendo de la solana, se refugian aquellos personajes ilustres, todos o parte, no lo sabemos aún con certeza. Porque la lista de participantes del Congreso es excelsa: Aragon, Breton y Malraux, Bertolt Brecht, Octavio Paz, Huidobro y Neruda, Carpentier, Altolaguirre, Nicolás Guillén, Dos-Passos, Hemingway, César Vallejo, Tristan Tzara, Antonio Machado, Alberti y M^a Teresa León, Bergamín, Juan Gil-Albert, Corpus-Barga, Miguel Hernández y Ramón J. Sender, ... Y mientras acaban de comer y suenan las chicharras invitando a la siesta, unas voces infantiles se acercan hasta los vehículos aparcados bajo los árboles a la vera de la posada. Aquellas voces acaban haciendo honor a su fama de cantarinas y empiezan a tatarear canciones infantiles de las de ayer y de siempre. Quizás en homenaje organizado, quizás con la retranca y la curiosidad infantil, qué más da.

Los escritores emocionados y divertidos bajan a la plaza a escuchar a los niños y también se avienen las mujeres enlutadas del lugar -en buena parte, madres e hijos refugiados de la barbarie de Badajoz, en una Minglanilla que era esos días tierra de acogida- A partir de ese momento la plaza se transforma y aquel momento se trueca

en algo inexplicable: una fragua pródiga en encuentros que rompieron los moldes y las emociones.

Para Alejo Carpentier, el patriarca de las letras cubanas, social e independiente, barroco, hispano y maravilloso, comprometido y crítico, aquel rato está grabado a fuego. Hasta el último de sus escritos, hasta el último de sus días, estarán sustentados por la frase que la anciana minglanillera le dirigió. De hecho cuando volvió a España, exigió y rogó volver a nuestro pueblo.

Así nos lo cuenta, con sencillez y contención, Ramón Chao, hablando de su viaje en común, Alejo y el mismo Ramón junto con Antonio Saura y su mujer:

“De Cuenca fuimos a Minglanilla, donde una campesina les había dicho a él, a Rafael Alberti, a Nicolás Guillén, a Octavio Paz, a Pablo Neruda, a los intelectuales que en 1937 iban de Valencia a Madrid para asistir al Congreso de Escritores Antifascistas: “¡Defiéndannos ustedes, que saben leer y escribir!” Se le humedecían los ojos cuando nos lo contaba”

Pero para Carpentier y las letras universales de ese primer medio siglo XX sangrante, ese encuentro es aún mucho más, es una referencia mítica. En su relato biográfico, sobre esos días terribles y profundos bajo los cañones de la España del 37, sitúa este pueblo como hito inmemorial:

Minglanilla, pueblo inolvidable. Si le preguntáis a los ciento cincuenta escritores que asistieron a este congreso dónde sintieron, en España, su más intensa emoción, todos os responderán sin vacilar “¡En Minglanilla!”

Y así lo fue también para Nicolás Guillén (“el único que tuvo el valor suficiente para dirigir la palabra al público augusto y conmovedor de Minglanilla” en palabras de Carpentier, que califica ese discurso como “admirable”). El primer gran escritor negro reconocido mundialmente, en una segunda intervención, esta vez en la sede de París, recordó especialmente su encuentro con el niño casi desnudo que tenía grabados en sus brazos, lemas de la eterna resistencia española: “no pasarán”.

Aquel niño se acercó y grabó con estoicas sentencias, la memoria y la emoción de Guillén:

«Al despedirme, estrechándole la mano recia que me tendió gravemente, todavía me dijo: aquí todos somos pobres:... aquí todos trabajamos, y para que ganaran los fascistas tendrían que matarnos a todos»

Todos sabemos hasta qué punto el fascismo franquista intentó cumplir con ese macabro método de victoria.

Y lo fue para Corpus Barga, que narra con detalle el abrazo entre una efigie enlutada y doliente y una escritora inglesa (¿tal vez Silvia Townsend Warner?)

“-No es propiamente de aquí, es una refugiada —decían de la mujer vestida de luto, y añadían por la escritora inglesa: -Sin duda ha encontrado a una de su pueblo, que la está consolando-.

Decían verdad las vecinas de Minglanilla y mienten los gobiernos de Europa. La castellana analfabeta había encontrado a una de su pueblo en la escritora inglesa, la cual había tenido que subir ya al automóvil y sacando su busto seguía abrazada, no queriendo separarse de su «paisana». Pero el automóvil arrancó; entonces, la mujer analfabeta de Castilla tuvo uno de esos gestos naturales que son la inspiración de un pueblo secularmente culto, con la cultura transmitida de viva voz en gesto vivo. Cogió al niño que se escondía en sus faldas y lo alzó en ademán de saludo. El sol, blanco de fuego, esculpía aquella estatua dinámica”

Y si se teclea en los buscadores de internet *Minglanilla inolvidable*, se podrá comprobar que ese momento brilla aún insistentemente, mucho más en América que en España, eso sí. Porque aquella nómina de grandes escritores (una nómina inimaginable hoy en día incluso para el más enriquecido de los eventos, con tres premios Nobel y otros tantos Cervantes e innumerables premios nacionales y de la crítica de España y de sus países de origen o acogida) dejó escrito el recuerdo de ese encuentro mágico en sus escritos inmortales.

De hecho en medio de un país en guerra, protegidos y cuidados entre almohadones blindados en las sedes oficiales, todas sometidas a posibles bombardeos y hechos realidad en la noche del 4 en Valencia como bienvenida y en el Madrid sitiado, fue casi el único encuentro con la gente de la calle y en la calle que pudieron mantener y que les humedeció con el rostro trágico y pobre de la España campesina y republicana.

Así el reflejo de ese momento único en la historia de este pueblo, llega hasta lugares insospechados. El místico y pacifista estadounidense Thomas Merton, por ejemplo, lo recuerda en sus últimos escritos de los 60, quizás espigando nuestra presencia de entre los textos de su venerado César Vallejo ("el más grande poeta universal después de Dante" dijo del peruano).

Pero hay algo aún más importante en estos hechos y en estos encuentros y que el cierto orgullo de haber sido el pueblo elegido para este momento histórico, que no es ni mucho menos, poco.

Algo además de indescriptible necesidad y actualidad en estos comienzos revueltos y apáticos del siglo XXI. Es ese ensamblaje entre el sufrimiento y la pobreza miradas con ojos abiertos con el pensamiento crítico. Es la cotidianidad y el diálogo a pie llano entre la vida campesina y la más alta cultura universal como modelo de política pública. Y ese ensamblaje mantiene su total vigor y brillantez. Porque es el significado profundo de la cultura como defensa y libertadora, como compromiso y cotidianidad. Y ahí especialmente de nuevo está todo por hacer.

Cuando la cultura -como ocurre en gran parte hoy- es comercio y mercadotecnia un episodio como éste no habría pasado olvidado. Pero tampoco se habría podido dar ni habría tenido tanto recorrido y calado.

Lo asombroso es que el único sitio donde prácticamente nada se diga de esa jornada memorable sea aquí en España y menos aún, en Minglanilla, desconocedora de este insigne momento de su historia, el más grande y el más universal de los que conocemos. La excepción son algunos investigadores de la cultura y la literatura, como Manuel Aznar o el hispanista escocés y experto en literatura chilena y en el periodo de la guerra civil, Niall Binns que ha escrito un artículo en “La república de las Letras” que por desgracia no hemos podido consultar. Esperamos que en un futuro próximo podamos invitarles a exponer el resultado de sus indagaciones y su renovada visión sobre este momento.

Por todo esto, ¿Sabremos ahora brindar por lo mejor de nosotros mismos, por aquellas épocas en que atendimos a la cultura y nos enorgullecimos por ello? ¿Por haber sabido escuchar, hablar y hospedar a los desvalidos y retener su memoria? ¿Por haber acogido tan limpiamente a aquellos literatos transhumantes? ¿Comprometernos a que para próximos años, esta fecha figure -como debe- en el calendario de nuestra historia y, por qué no, merezca unas jornadas, una actividad, una placa conmemorativa y una andadura?

Ahora que todos por estos lares, sabemos leer y escribir y ya no somos pobres, tenemos el deber de defender la demanda de nuestra paisana y luchar por la dignidad humana haciendo honor a este apodo de pueblo inolvidable.

P.D.: Recuerdo también a los guerrilleros anti-franquistas, tan olvidados aún en nuestro país, condenados aún como bandoleros, enterrados sin lápida y sin memoria bajo ese castillo inenarrable que cubre el viejo cementerio. Bastantes de los supervivientes se reúnen anualmente aquí y en 2007 lo hicieron precisamente en los primeros días de julio. Un lazo de 70 años para dignificar el combate contra la injusticia. Precisamente el próximo 5 de julio lo harán de nuevo para visitar los enterramientos de La Pesquera y éste de Minglanilla y haremos un ejercicio de homenaje y de reconocimiento.

Fidel García-Berlanga, Venta de Contreras (Minglanilla) junio 2009